

El psicólogo

Después de haber estudiado muchas cosas y de no haberse interesado por ninguna, el señor Cuistre decidió conocer bien el alma humana, y, en consecuencia, hacerse psicólogo. Desde entonces la literatura, la música, la gramática y las otras materias inútiles le parecieron tan insignificantes, que ni siquiera se cuidó de escribir con ortografía una sencilla carta familiar. Pero el señor Cuistre era psicólogo y estaba contento. En lo sucesivo podría ver en el campo espiritual de las gentes como se ve en el campo visual del microscopio el movimiento de una amiba. Conociendo el modo de ser de una persona, su sensibilidad, su temperatura normal, su capacidad craneana, etc., podría saber a ciencia cierta su manera de reaccionar ante tales y cuales excitaciones. Sabría que una mujer morena es capaz de dejar a su esposo por un amigo rubio y que un hombre nervioso puede cometer un crimen y luego irse a pasear, tranquilamente, con las manos en los bolsillos y la corbata bien atada, como si fuera a una cita galante.

Aprendió mil términos preciosos. El mal latín y el peor griego ofrecieron amplio vocabulario a su falta de ideas. La anatomía,



la histología y la fisiología le enseñaron cosas estupendas: la sangre corre por las venas; el corazón está a la izquierda; el hombre tiene dos orejas, una a cada lado de la cara, etc... Desde entonces, el señor Cuistre hizo prodigios. Conoció el alma humana como nadie. Y no contento con estudiar el alma de nosotros, miserables vivientes, estudió la trama psicológica de las grandes formas creadas. Hamlet, Quijano, Fausto, Atala, Valjeán, Manfredo, fueron analizados minuciosamente y metidos, casi a la fuerza, en el cuadro sinóptico de las clasificaciones. A veces, corrigió a Homero, y en muchas ocasiones tachó al Dante por no haber observado éste el otro tipo clínico. Y al cabo de poco tiempo el señor Cuistre conoció el alma—esta pobre mariposa loca que se llama alma—como nosotros podemos conocer el cuarto en que vivimos o el color del saco que usamos todos los días.

Entonces, macizo de ciencia y forrado de orgullo, abrió su corazón al amor como quien abre la puerta de su casucha para que entre por ella el sol. Y el sol entró: fué un sol de veinte años, con una copiosa

cabellera rubia y un par de ojos como dos estrellas. El alma de esta criatura no presentaba al estudio psicológico el más leve motivo de crítica. Era un espíritu superior, perfecto, impecable: parecía hecha con un rayo de sol, una gota de agua, un pétalo de lirio y un copo de algodón.

Por eso el señor Cuistre se enamoró vehementemente. Y sin pensar que tenía ya setenta años y que sus energías físicas empezaban a abandonarle, se casó con la alegría y valor con que se hubiera casado un joven estudiante. La gran cuestión que hace y deshace la mitad de los matrimonios no le preocupó, porque él, psicólogo y profundo conocedor del alma humana, leería todos los días en la de su mujer como en las páginas impresas de un libro abierto. Y ni siquiera se dió el trabajo de ser celoso.

Todas las tardes, al regresar a su casa, miraba hondamente a su mujercita, y todas las tardes encontraba en el fondo de sus ojos tímidos y celestes el mismo relámpago casi divino de los primeros días. Después de comer se encerraba entre las cuatro paredes de su biblioteca y allí permanecía hasta la madrugada entregado a profundas meditaciones.

Enfrente de su casa, y separado sólo por la calle, vivía un pobre diablo que también trasnochaba. Al señor Cuistre habíale bastado verle una sola vez para saber quién era y su psicología dictó la clasificación inevitable: místico erótico, seguramente inclinado al crimen.

Una vez el silencio de la noche fué interrumpido por palabras entre cortadas que venían desde el balcón de enfrente. El psicólogo oyó bienclaro: "¡No debes estar toda la vida esclavizada por ese viejo idiota!"

El señor Cuistre dejó entonces sus papeles y se puso a escuchar. Le pareció oír la voz de su esposa, pero su psicología lo convenció de que eso

era de todo punto imposible.

Cuando a la madrugada se retiró a descansar y quizás a decir a su mujer las exclamaciones del vecino, se encontró con su lecho vacío. El joven sol de veinte años y copiosa cabellera rubia había desaparecido para siempre.

Ante esta catástrofe imprevista, el señor Cuistre volvió a su gabinete y sin ocurrírselle que su mujer podía estar en la casa de enfrente, se hundió en serias y profundas cavilaciones.

Y mucho tiempo después publicaba un folleto de pocas páginas titulado: "La Psicología de lo Suprainteligible", y en él trataba de demostrar que los seres son el reflejo de cosas irreales y que por lo tanto pueden aparecer o desaparecer de su órbita por motivos que nos son desconocidos aún.

La crítica acogió la obra con un aplauso unánime. Pero la señora de Cuistre no volvió a su órbita jamás; tal vez le fué más agradable ser el reflejo de un ser en la esfera del vecino de enfrente...

El señor Cuistre acaba de ser condecorado.

LUIS MARÍA JORDÁN.

